lante de Dios, y un copioso manantial de bendiciones especiales.

Será de mucho mérito, porque ese voto incluye el sacrificio mas agradable á Dios, que una persona puede hacer de sí misma.

Será un manantial de gracias especiales, porque el Señor reserva particulares favores á sus esposas predilectas, como lo son las vírgenes cristianas, que por su amor se han obligado con voto á conservarse en ese estado.

Ved, pues, hija mia, como podeis practicar en vuestra propia casa los tres Consejos Evangélicos que forman la esencia de la vida religiosa, y por consiguiente cómo podreis vivir como religiosas en vuestra casa.

PARTE TERCERA.

PRACTICA DE VARIAS VIRTUDES.

CAPITULO I.

DE LA HUMILDAD.

Así como es cierto que en la observancia de los tres consejos Evangélicos consiste la esencia de la vida religiosa, así lo es tambien, que ninguna alma podrá jamas ponerlos en práctica como conviene, sin los auxilios de todas las demas virtudes, y particularmente de la humildad.

§. 1. CÓMO SE PUEDE CONSEGUIR LA HUMILDAD.

¡Oh preciosa humildad! ¡oh virtud excelsa y fundamento de todas las demas virtudes! Virtud de la cual se habla siempre, y que tantas almas no llegan á comprender. ¡Oh hija mia, qué dichosa serias si llegases á entender bien lo que es la humildad!

Pero no hay en la tierra ni libro, ni maestro que pueda enseñar á las almas la verdadera humil-

dad: es necesario que el mismo Espíritu Santo la enseñe, y aun es indispensable que la infunda por sí mismo en los corazones; y cuando una alma ha recibido en su corazon este don singular de Dios, entonces, y solo entonces, conoce lo que es la verdadera humildad.

Por otra parte, nuestro corazon es por su mala índole tan enemigo de la humildad, que le hace una guerra continua y encarnizada: y para decirlo así, cierra con todo empeño sus puertas, para que el Espíritu Santo no se la infunda. ¿De dónde proviene tanta enemistad? Proviene del amor propio; porque el corazon humano está tan dominado por esa pasion, que puede decirse que se ha transformado en amor propio, que es el hijo primogénito de la maldita soberbia: si el amor propio no está vencido y sacrificado, no se puede esperar la verdadera humildad.

Principiad, pues, suplicando al Señor con todo fervor, que os conceda el precioso don de la humildad, á costa de todos los sacrificios que puede sufrir vuestro amor propio; porque si deseais alcanzar la verdadera humildad, es forzoso resolveros á ver mortificado y sacrificado sin compasion alguna vuestro amor propio. Y como puede suceder que no tengais el valor necesario para ofrecer este sacrificio con vuestras propias manos, pedid al Señor que refrene

El mismo vuestro corazon, hasta el punto de que vuestro amor propio quede abatido y como muerto.

Manifestad al Señor con este mismo fin un continuo deseo, unas vivas ansias de alcanzar la virtud de la humildad, con un ánimo generoso y resuelto, para sufrir en vuestro amor propio todo cuanto se os puede ofrecer de amargo y doloroso; preparaos para sufrir tantas contradicciones, desprecios y tribulaciones, cuantas sean necesarias para que vuestro amor propio quede vencido, abatido y aniquilado.

Y en esta materia no os debeis burlar de Dios, como hacen muchas almas que *de palabra* desean mucho tener humildad: dicen muchas veces al Señor que están dispuestas á sufrir las humillaciones, desprecios y tormentos que su Majestad quiere que sufran; y luego cuando se llega á la obra, no quieren sufrir la mas mínima cruz, y se quejan, y se irritan, y se deslenguan, y gritan por cualquiera humillacion, desprecio ó mortificacion que les sobreviene. Eso es querer burlarse de Dios; pretender que acepte una falsa voluntad de adquirir la humildad, como aceptaria un deseo sincero y verdadero; es querer pagar con moneda falsa; engaño que apenas produce efecto con los acreedores mentecatos.

§. 2. COMO SE DEBE PRACTICAR LA HUMILDAD.

Despues de haber suplicado al Señor con todas las veras de vuestro corazon, que os conceda el don de la humildad, haced por vuestra parte cuanto podais para ejercitaros en esa virtud. Penetraos bien de esta verdad: que vuestra única propiedad es la *nada* y la *malicia*, ese es todo vuestro capital; la *nada* y la *malicia* son las únicas cosas que podeis considerar como vuestras y que forman vuestro patrimonio; mientras que todas las demas cosas que teneis, hasta el menor de vuestros cabellos, son propiedad de Dios, que os las ha dado únicamente porque ha querido, sin mérito previo de vuestra parte, y os las puede quitar sin injusticia, siempre que quiera.

Cuando se os haga alguna injuria, cuando esperimenteis algun desprecio, reprimid todo resentimiento y decid en vuestro corazon: *peores cosas merezco;* lo cual es muy cierto, porque mereceis mayor castigo, aún por el menor de vuestros pecados.

Cuando padeceis alguna otra tribulacion, como enfermedades, trabajos, dolores, pobreza, etc., no os quejeis; repetid mas bien en vuestro corazon; *mucho mas merezco yo;* y no os detengais en pensamientos inútiles de compasion propia.

Si acaso os sobreviene alguna tentacion de vanidad ó estimacion propia, desechadla prontamente, como desecharais un pensamiento indecente, que viniese á perturbar vuestro espíritu.—Pero no os habeis de espantar, aunque os vengan tentaciones de soberbia, aunque fuesen continuas y muy graves, y aunque os parezca que no sabeis como desecharlas y vencerlas. Esforzaos en sacar de esas mismas tentaciones materia de confusion propia delante de Dios; y cuanto mas trabaje el demonio en sugeriros ideas de orgullo, tanto mayor cuidado debeis tener de humillaros en la presencia de Dios, autor de todo bien. Por este medio confundireis al demonio con grande provecho de vuestra alma.

Tampoco os habeis de afligir, aunque os parezca que no sabeis humillaros, que no sabeis hacer actos de humildad: decid en tal caso y repetid con frecuencia: *Dadme, Señor, humildad. Dadme, Señor, humildad.* Esta breve oracion será suficiente para suplir todos los demas actos que no sabeis practicar.

Tened entendido, que muchas veces el demonio hace creer al alma que está dominada por el orgullo, aunque no sea mas que para espantarla y quitarle la paz y la confianza en Dios. En todo caso, con el miedo y el espanto no conseguireis la humildad. Se obtiene con la oracion llena de confianza;

y cuanto mayor sea esa confianza, tanto mas fácilmente se conseguirá una humildad profunda y perfecta. Por esa razon, aunque os parezca que sois tan orgullosa como un demonio, no os amedrenteis jamas; repetid con frecuencia vuestra jaculatoria, *dadme, Señor, la humildad*, y tened esperanza en Dios, de que algun dia llegareis á ser tan humilde como un ángel.

Una alma que se cree desprovista de humildad y tiembla viéndose llena de orgullo, ha recibido ya un precioso don de Dios, porque tiene una excelente disposicion para llegar á la mas perfecta humildad, ni puede decir con verdad que carece totalmente de esa virtud.

¿Quereis saber cuales son las almas que son verdaderamente soberbias? Pues son precisamente aquellas que no echan de ver la falta que tienen de humildad; pero si llegais á conocer vuestros defectos en esta materia, es una prueba de que Dios Nuestro Señor os ha dado algun pequeño grado de humildad; fomentad ese precioso gérmen, conservando en vuestro corazon la paz y la confianza en Dios, y estad persuadidas de que la humildad irá creciendo en vuestra alma segun el beneplácito divino.

CAPITULO II.

DE LA MORTIFICACION.

El ejercicio de la humildad es siempre un ejercicio de mortificacion: así es que una alma humilde es siempre una alma mortificada, especialmente en su vida interior.

§. 1. OPINIONES ERRÓNEAS SOBRE LAS MORTIFICACIONES ESTERIORES.

Debe ante todo notarse, cuando se trata de las mortificaciones externas, que hay en el mundo muchos prejuicios contra ellas, y que la delicadeza de la carne opone muchas dificultades contra su saludable práctica.

En el mundo se consideran las mortificaciones externas, como restos de la antigua barbarie, y como tales son vituperadas y puestas en ridículo; y aun hay cristianos tan alucinados, que ya no pueden sufrir ni siquiera las sencillas mortificaciones que prescribe la Santa Madre Iglesia, como son los ayunos y la abstinencia de carnes y lacticinios en algunos dias del año; cristianos, por cierto, que nada saben del espíritu del cristianismo, que ignoran totalmente la religion que profesan; débiles en la fé, y que se hallan muy próximos á la apostasía: porque cuando

se llega á tal grado de orgullo y de insolencia, que se desechan y reprueban las instituciones de la Iglesia, un solo paso basta para caer en la sima de la incredulidad: así es, que vemos á algunos que todavia se llaman cristianos, pero que en realidad son unos verdaderos incrédulos.

Aun entre los mismos que respetan las mortificaciones prescritas por la Iglesia, hay otros muchos que no pueden oir sin estremecimiento y horror los nombres de cilicio, disciplina y otros semejantes instrumentos de penitencia; y cuando mas, creen que son cosas que apenas se pueden sufrir en los grandes Santos, y que son excesos indiscretos del espíritu de penitencia, mas dignos de lástima que de imitacion.

Tales son los prejuicios del mundo, muy comunes en nuestros dias, de los cuales no están enteramente libres, aun algunos que la quieren echar de padres maestros de la vida espiritual.

Va de acuerdo con estos prejuicios la delicadeza de la carne, la cual enseña que las mortificaciones externas destruyen la salud corporal; que son violencias crueles que se hacen á la débil naturaleza humana.

Dios te preserve, hija mia, de esas falsas opiniones y de esa escesiva delicadeza.

§. 2. QUÉ DEBE PENSAR EL CRISTIANO DE LA MORTIFICACION ESTERIOR

No soy en verdad muy inclinado á que se cometan escesos en la mortificacion externa: reconozco, por el contrario, que en esta materia se ha de proceder con discrecion y prudencia; que tales mortificaciones hechas por capricho y sin regla, pueden efectivamente arruinar la salud y ser ademas el gérmen de soberbia secreta: debo con todo eso observar, que las penitencias corporales son tan propias y características del espíritu del cristianismo, que casi se puede decir, que nacieron con él, que con él se han conservado, que con él se han propagado en todos los siglos y en todos los países. En ninguna region, en ningun tiempo, podreis hallar verdadero cristianismo, es decir, la Iglesia católica, sin la coexistencia de la mortificacion corporal. De ahí proviene que todos los Santos, así como se señalaron en la práctica de todas las virtudes, así tambien se distinguieron por la aspereza de vida y la práctica de mortificaciones esteriores. Enseñan ademas los Santos, que si alguno tiene la osadía de desaprobar tales penitencias, no se dé ningun crédito á sus palabras, aun cuando hiciese milagros. Así lo dicen espresa-

mente San Pedro de Alcántara y San Alfonso de Ligorio.

Debeis en consecuencia estar bien persuadidas, de que las penitencias corporales son en sí mismas buenas, loables y compañeras inseparables de la verdadera santidad: debeis tener igualmente por cosa cierta, que los que las reprueban y se burlan de ellas, son personas que no tienen el verdadero espíritu de la religion cristiana; mundanas, carnales, y que no merecen ningun crédito.

§. 3. NECESIDAD DE PRACTICAR LA MORTIFICACION.

Fácilmente deducireis de lo que acabo de esponer, la necesidad de hacer penitencia para conseguir la perfeccion; y por consiguiente, si quereis alcanzar la santidad, y sobre todo si quereis vivir como Religiosa en vuestra propia casa, es indispensable que practiqueis la mortificacion corporal; porque la penitencia es una cosa tan inseparable de la vida religiosa, que es imposible hallar alguna regla monástica, que no prescriba penitencias mas ó menos severas. Si viviescis en algun monasterio, tendriais necesidad de hacer algunas penitencias (bien entendido, á mas de aquellas que prescribe la Iglesia); y así, si quereis vivir como Religiosas en vuestra propia casa, es indispensable practicar algunas mortificaciones.

Observad ademas, que si no sabeis ó no quereis mortificar vuestro cuerpo, él hará una guerra encarnizada á vuestra castidad, y que solamente por medio de la mortificacion le podreis tener á raya y someter al espíritu; y por tanto, si quereis conservar intacta la virtud, que mas caracteriza á las verdaderas esposas de Jesucristo, y vivir como Religiosas en vuestra casa, es necesario que no os olvideis nunca de mortificarle.

§. 4. QUÉ MORTIFICACIONES DEBEN PRACTICARSE.

Pero ya os veo con curiosidad de saber cuáles son las mortificaciones corporales que debeis practicar; ya estais esperando que las enumere y os las prescriba, para que os entregueis al ejercicio de una virtud tan necesaria.—Mi intencion es sin embargo bien contraria, pues solo trato de deciros algunas palabras en general sobre esa materia, dejando el cuidado de hacer aplicaciones individuales, á vuestro director espiritual, el cual, segun las luces que Dios le comunicare, podrá determinar en la práctica las mortificaciones que debeis ó no debeis hacer.

Yo no puedo prescribiros con seguridad otras mortificaciones, que aquellas que ya están mandadas por la Iglesia; es decir, los ayunos y la abstinencia prescrita en ciertos dias.

Ademas de estas os prescribo, aunque con cautela, todas las que exige la virtud de la templanza; es decir, que escepto el caso de necesidad ó de un compromiso, no tomeis ningun alimento fuera de las horas dedicadas á la refeccion corporal, ni comais hasta saciaros, ni os dejeis llevar en la comida por la pasion de la gula: que no busqueis con avidez los manjares que mas lisongean vuestro paladar, sino que tomeis con indiferencia aquellos que Dios os envia; y que si acaso debeis elegir, no deis la preferencia á lo mas gustoso y á lo mejor condimentado, sino á lo mas sano y sencillo.

Observad, ademas, que el demonio se burla muy bien de algunas personas que quieren ser mortificadas, quieren hacer ayunos y otras penitencias sin el permiso del confesor, ó excediendo los límites que él ha fijado; y por otra parte caen en la intemperancia, y á las veces con alimentos viles y groseros y con detrimento de su salud. Esto sucede cuando no saben refrenarse y toman con esceso fruta, legumbres y cosas semejantes que les causan indigestiones y otros desconciertos. Con razon se rie el demonio de tales personas; porque le es indiferente que se caiga en el vicio de la intemperancia por manjares delicados y esquisitos, ó por alimentos comunes y viles.

Debeis igualmente notar, que cuando se toma alimento, se ha de comer unicamente para conservar las fuerzas y la vida, y no por dar gusto al apetito de la gula. Mas reprensible es todavia el comer hasta saciarse, ó como se dice familiarmente, *darse una panzada;* el comer por satisfacer un capricho, y el comer con esceso, para hacer alarde de robustez y de tener un estómago á prueba de todo.

Si observais con puntualidad las abstinencias y ayuños que prescribe la Iglesia; si guardais la sobriedad y templanza en la refeccion corporal, segun acabo de indicaros, podreis complacer á Dios Nuestro Señor; pero no le dareis gusto, aunque ayuneis muchas cuaresmas por devocion, si de vez en cuando comeis sin necesidad fuera de las horas debidas, ó por gula, ó por algun capricho.

Mas funesta seria todavia la seduccion del demonio, si os hiciese caer en algun esceso en el vino ó en otras bebidas alcóholicas, porque seria eso una grave falta y un grande peligro para vuestra castidad.

No tengais ningun temor de que os causará daño la abstinencia de tales bebidas; por el contrario, cuanto mas os abstengais de ellas, tanto mejor os irá en el alma y en el cuerpo, porque para las jóvenes son perjudiciales por lo general esas bebidas, aun para su salud corporal; y así, cuanto menos vino to-

meis, mejor os irá, y á muchas se debe aconsejar que ni siquiera le prueben.

Se ha de tener un especial cuidado de no tomar nada fuera de las horas destinadas á la refeccion, porque esa costumbre raras veces proviene de verdadera necesidad, y casi siempre es efecto de gula. Si no se trata de algun caso escepcional, en que alguna persona sufra una enfermedad, que la obligue á tomar alimento con frecuencia, la salud no recibirá el menor daño del comer á su debido tiempo; puede ser que á consecuencia de algun mal hábito se esperimente un poco de apetito; pero no por eso sufrirá la salud, antes por el contrario, se mejorará; y habituándose á comer á tiempo, irá cesando ese apetito molesto de comer fuera de tiempo. Hay personas que por comer sin guardar las horas debidas, estragan su estómago, y despues no pueden observar los ayunos prescritos por la Santa Madre Iglesia, lo cual es un verdadero mal que debe tomarse en consideracion.

Es, pues, una cosa importante, si acaso habeis contraido ese mal hábito, que procureis enmendaros, lo cual poco á poco se podrá ir consiguiendo. No os olvideis de la máxima de San Felipe Neri: *la mortificacion de la gula es el a b c de la vida espiritual.* Es decir, que así como es imposible aprender á leer sin saber antes el alfabeto, es igualmente imposible

dar principio á una vida santa, sin aprender á mortificar la gula.

Sobre los ayunos que no están mandados por la Iglesia; sobre los cilicios, disciplina, cadenilla, dormir en el suelo y cosas semejantes, no quiero dar ninguna regla: son cosas buenas y santas en sí mismas, pero deben ser aplicadas, como decia antes, por la prudencia del director espiritual, el cual, con las luces que Dios le comunicare, podrá conocer cuáles serán oportunas y ventajosas, ó por el contrario, imprudentes y perjudiciales para cada una de las almas que dirige. En esta materia es de la mayor importancia seguir con docilidad el camino trazado por la obediencia. Haciendo tales penitencias segun vuestro capricho, arruinareis la salud de vuestro cuerpo y aun la de vuestra alma; y en vez de agradar á Dios, dareis sumo gusto al demonio.

CAPITULO III.

DEL AMOR DE DIOS.

En una alma que es verdaderamente humilde y mortificada se hallan todas las virtudes cristianas y aun la suprema, que es el amor de Dios, que es la virtud á la que debe aspirar con mayor ahinco una doncella que desea ser religiosa; lo cual equivale al

deseo de ser toda de Dios, en cuanto le sea posible en este mundo.

§. 1. DESEO DEL AMOR DE DIOS.

Para que una alma sea toda de Dios en cuanto le sea posible, es necesario que aspire al amor mas puro y mas perfecto de Dios, y que aspire á ese amor con un empeño mas decidido, que todos los demas cristianos, que se hallan en un estado de vida menos perfecto.

Por tanto, si quereis ser Religiosas en vuestra casa, debeis esforzaros en conseguir todo el amor de Dios que deben tener las monjas en un monasterio; es decir, el amor de Dios mas puro y mas perfecto, la caridad mas acendrada. En este punto deben concentrarse, hijas mias, todos los deseos de vuestro corazon; aquí vuestras ansias deben ser las mas vivas, ardientes é impetuosas. ¡El amor de Dios! ¡El amor de Dios que es el mayor tesoro no solo de la tierra sino aun del mismo paraíso: el amor de Dios mas puro, mas perfecto, mas encendido, mas activo que pueda hallarse en un corazon humano!

Y si teneis un verdadero deseo de vivir como Religiosa, estoy persuadido de que el amor de Dios es el único deseo de vuestro corazon; y con solo oir el *amor de Dios*, vuestro corazon se conmueve y se llena de alegría y de llanto: de alegría, por la esperanza que teneis de que vuestro corazon será algun dia un ardiente volcan de amor de Dios; y de llanto, viendo que está todavia tan tibio y resfriado. ¡Qué consuelo, qué placer será el vuestro, cuando vuestro corazon quede ya libre de toda afeccion desordenada á las criaturas y aun á vos misma, y todo inflamado con aquel amor puro al Sumo Bien, que transforma las almas en serafines!

§. 2. EL AMOR DE DIOS NO SIEMPRE ES SENSIBLE.

Pero os oigo esclamar, que no esperimentais en vuestro corazon este ardor de la caridad; que no sentis al menos tanto amor como deseariais, y aun os parece, que en otras ocasiones habeis tenido un amor de Dios mas ardiente que al presente.

No os desanimeis por ese motivo; porque debeis saber, que el fuego del amor de Dios no siempre es sensible al corazon humano; este fuego espiritual reside principalmente en el alma, y á las veces solo en el alma, sin que se comunique al sentido; y en tal estado, una alma poco instruida en las cosas espirituales, podria creer, que carece totalmente del amor divino.

El alma solo siente ese amor, cuando por particular disposicion de Dios, la llama de la caridad que

reside sustancialmente en el alma, se trasmite al sentido del corazon y reverbera en él; y cuanto mayor es esa comunicacion, tanto mas se inflama y arde el corazon: entonces el amor de Dios es sensible y causa á las veces tan fuerte impresion, que parece que la naturaleza no puede ya resistir á tan violento incendio; pero cuando el amor se retira, segun el divino beneplácito, al espíritu, y abandona el sentido del corazon, el alma ya no le siente, y sin embargo posee el mismo grado de amor que antes; le parece entonces que lo ha perdido todo, y sin embargo no ha perdido una sola centella de caridad.

Por la misma razon sucede á las veces, que algunas almas esperimentan ordinariamente mas fervor y afectos mas encendidos de amor, aun cuando no tengan tantos grados de caridad, como otras que se creen tibias y aun frias. El Señor lo dispone así, para que estas almas no conociendo el tesoro interno que poseen, se conserven mas fácilmente en la humildad y en la desconfianza de sí mismas.

§. 3. QUÉ DEBE PRACTICARSE PARA ADQUIRIR EL AMOR DE DIOS.

Sea cual fuere el órden de providencia que Dios sigue en la santificacion de las almas y en comunicarles el don de la caridad, habeis de hacer cuanto

esté de vuestra parte para alcanzar el amor divino, y alcanzarle del modo mas puro y perfecto que os sea posible: con ese fin debeis humillaros continuamente en la presencia de Dios; desconfiar de vuestra propia virtud; pedir continuamente á Dios su santo amor y hacer frecuentes actos de caridad, guardar mucha vigilancia, para que vuestro corazon no se apegue á ninguna criatura, y sobre todo, debeis conservar vuestra voluntad en constante conformidad con la Divina, protestando que habeis de querer siempre todo lo que Dios quiera, y que no habeis de querer nada, ni aun en cosas buenas, si Dios no lo quiere. Si cumplis esos propósitos, no os faltará el amor divino, aun cuando vos misma no lo conozcais sensiblemente.

Debeis tener por cosa cierta é infalible, que si teneis deseos de conseguir el perfecto amor divino, esos deseos son ya un don del Señor; porque si El mismo no os hubiera hecho esa gracia, no os hubieran podido venir de otra parte: debeis creer, ademas, que si el mismo Dios os ha dado esos deseos, quiere igualmente daros posesion de su amor, pues sin esto serian vanos aquellos deseos. Dios no hace las cosas imperfectas, ni concede á medias dones, para que queden inútiles. Pero es igualmente cierto, que por vuestra parte debeis hacer cuanto podais para conse-

guir ese precioso don; porque Dios pide correspondencia á la primera gracia del deseo, para conceder despues la segunda de la posesion, ó sea infusion de su santo amor.

§. 4. COMO SE VA ADQUIRIENDO EL AMOR DIVINO.

Debe observarse, que este amor divino no se adquiere por regla ordinaria en un momento, sino poco á poco y por grados: así es, que muchas almas deben pasar largos años antes de perfeccionarse en la caridad. En esta materia de poco sirve la impaciencia, ni cierto ardor inconsiderado que quita la paz, turba el espíritu y hace que el alma en vez de progresar, se atrase en el camino de la perfeccion.

Algunas almas tienen alas como de paloma, y vuelan con rapidez hasta conseguir el amor perfecto; pero esas almas son contadas: el mayor número tiene alas como de gallina; dá algunos pasos y tiene vuelo corto; sin embargo, poco á poco pueden esas almas llegar á donde llegaron las primeras, pero han de tener paciencia, para seguir el camino con trabajo y por largo tiempo. Si sois del número de estas últimas, haced lo poco que podais para ir adelantando; pero id siempre adelante, aunque sea lentamente, con paz y tranquilidad. Contentaos con saber

que con el auxilio de la divina gracia podeis llegar, al fin, al mismo grado á donde llegaron las primeras.

Me direis tal vez: *y si entre tanto me llega la hora de la muerte*.....—Dios que os ha dado el deseo del amor perfecto y ve que haceis lo poco que podeis para llegar á conseguirle, aunque por vuestra debilidad camineis con lentitud, tendrá compasion de vuestra alma y no os quitará la vida, antes que alcanceis lo que deseais. Pero si el Señor quiere llamaros pronto á su tribunal y no habeis llegado aún al término de vuestros deseos, os dará tambien alas de paloma, para que con rápido vuelo podais uniros á El. Dios, que puede cambiar las piedras en hijos de Abraham, puede muy bien cambiar las gallinas en palomas.

CAPITULO IV.

Del amor del prójimo.

---

§. 1. IDENTIDAD DEL AMOR DEL PRÓJIMO CON EL AMOR DE DIOS.

La caridad cristiana que nos hace amar á Dios, es la misma que nos hace amar al prójimo, porque es una sola y única virtud, puesto que amamos al prójimo por amor de Dios, porque es obra suya y